



COMILLAS
UNIVERSIDAD PONTIFICIA

ICAI

ICADE

CIHS

FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y
SOCIALES

**Análisis del perfil criminológico y la temática de
asesinos en serie en una obra de ficción**

Autora: Irene García Heras

Directora: Isabel Romero Tabares

Madrid

2018/2019

ÍNDICE

RESUMEN	3
INTRODUCCIÓN	3
Conceptos previos	5
Justificación teórica y relevancia del trabajo	7
METODOLOGÍA	8
Estrategias de Búsqueda	8
Criterios de exclusión y de inclusión	9
Extracción de datos	9
RESULTADOS	10
Resumen del libro: <i>La estrella del diablo</i>, de Jo Nesbø	10
El mundo del asesino en serie	13
Definición y características	13
Clasificación y tipologías	20
La técnica del perfil criminológico	25
Escena del crimen.....	28
Modus operandi y firma	31
Victimología.....	35
Perfil geográfico.....	37
CONCLUSIÓN	40
REFERENCIAS	42

RESUMEN

El crimen es un fenómeno con el que la sociedad convive cada día. Por este motivo, porque se escapa a su comprensión, y por el miedo que suscita, es algo que le interesa mucho. Esto provoca que quede reflejado en su cultura, medio mediante el cual las personas digieren y comprenden lo que les ocurre. Resulta relevante, por tanto, estudiar cómo muestran, afrontan y entienden las personas este fenómeno, mediante un análisis del conocimiento que se tiene hasta ahora sobre él en una muestra de esta cultura: una obra de ficción (*La estrella del diablo* del autor Jo Nesbø). Para ello, el presente trabajo pretende realizar una revisión bibliográfica sobre lo que se conoce hoy día acerca de los asesinos en serie y de la técnica del perfil criminológico que se emplea, especialmente, en la captura de este tipo de criminales.

Palabras clave: teorías, criminalidad, perfil criminológico, investigación criminal, perfilación criminal, asesinos en serie.

ABSTRACT

Crime is a phenomenon with which society coexist every day. For this reason, because it escapes its understanding, and due to the fear it arouses, it is something that is very interesting to society. In this way, crime is reflected in society's culture, which is a means by which people digest and understand what happens to them. For this reason, it is relevant to study how this phenomenon is shown by people and how they confront and understand it, through an analysis of the knowledge that we have up to now about it, in a sample of our culture: a work of fiction (*The Devil's Star* by the writer Jo Nesbø). For that purpose, the present work aims to carry out a bibliographic review about what is known today about serial killers and the criminological profile technique used, especially in the capture of this type of criminals.

Keywords: theories, criminality, criminal profile, criminal investigation, criminal profiling, serial killers.

INTRODUCCIÓN

Todas las sociedades humanas se ven obligadas a convivir con el crimen, apareciendo, por ello, en los periódicos, en las noticias e incluso en las redes sociales. Todo esto hace que el mundo de la criminalidad finalmente pase a formar parte y expresarse a través de

la cultura (en el cine, en las series de televisión, en la literatura, en especial, en la novela negra, etc.), donde, por otro lado, se muestra la visión que las personas tienen del mismo y cómo lo manejan, interpretan y entienden.

Por ello, en el presente trabajo, se pretende realizar una revisión bibliográfica, se analizará y se explicará el proceso de perfilación criminológica que es aplicado en las investigaciones criminales para poder atrapar más rápidamente al asesino, centrándose este trabajo, especialmente, en los asesinos en serie. Para ello será necesario, además, describir lo que se conoce del mundo de este tipo de criminal.

Y es que no hay fenómeno criminológico que llame más la atención y de más pavor, que un asesino en serie. Como bien expresa García-Pablos de Molina (1988), el fenómeno del crimen ha ejercido sobre los hombres, da igual de qué cultura provengan, una gran fascinación, más incluso que la propia víctima.

Todo esto quizá se deba a que el asesinato en serie es un acto que las personas no conocen ni comprenden del todo, en muchas ocasiones se escapa a su entendimiento el que un ser humano pueda asesinar a tantos otros. Numerosas han sido las obras de ficción que han intentado plasmar este fenómeno y jugar con la sensibilidad del espectador, así como tratar de meterse en la mente de estos asesinos fríos y despiadados, como medio para intentar comprenderles.

Por todo lo dicho, tras la revisión bibliográfica, se procederá a analizar cómo se aplica en una obra de ficción, en este caso *La estrella del diablo* del autor noruego Jo Nesbø, todo este conocimiento recopilado. De esta forma, se verá cómo interactúan hoy día, la cultura contemporánea y el crimen.

Se comenzará con un estudio sobre todo lo que se sabe hasta ahora sobre los asesinos en serie. Hablaremos de sus características psicológicas, así como de las diferentes tipologías y clasificaciones que han realizado diversos autores. Después, se analizará, de la mano de los estudios que existen al respecto, cómo se aplica la técnica del perfil criminológico y, en concreto, cómo se utiliza en los casos de asesinos en serie (tipo de criminal que aparece en la obra de ficción escogida) incluyendo información sobre cuál es el perfil habitual de un asesino en serie, qué dicen de él sus crímenes, su Modus Operandi, etc.

Finalmente, mientras se realiza dicha revisión, se llevará a cabo el análisis del libro (para lo cual será necesario previamente comenzar con un breve resumen del mismo).

Debido a todo lo anteriormente mencionado, los objetivos de este estudio serán: comparar la realización del perfil de un asesino en serie en la realidad con el que se hace en el libro, y observar cómo se ve reflejado en una seña de la cultura contemporánea, el crimen en general, y el asesinato en serie, en particular.

Conceptos previos

Antes de comenzar, se considera necesario realizar una serie de aclaraciones.

Resulta importante conocer previamente el término “asesinos múltiples” y sus diferentes tipologías entre las que se encuentra la de “asesino en serie”, con el fin de evitar confusiones respecto a términos que, en la calle, de forma coloquial, se utilizan como iguales, cuando no lo son.

Los asesinos en serie se encontrarían, por tanto, dentro del término más amplio “asesinos múltiples” que englobaría a todos aquellos asesinos que matan a más de una persona, sin incluir a los que matarían por beneficio económico o social (como los sicarios o los terroristas) (Jiménez, 2010).

Se utilizan dos criterios para realizar esta clasificación: el lugar donde se comete el crimen y el tiempo que transcurre entre los mismos (Jiménez, 2010). De modo que:

- Asesinos en serie, serían aquellos que matan a tres o más víctimas de forma sucesiva. Pero lo que más caracteriza a dichos criminales es el período de enfriamiento que tiene lugar entre una víctima y otra, lo que provoca, además del hecho de que las víctimas no tengan relación entre ellas, una individualización de los crímenes, es decir, que cada uno parezca completamente diferente del otro como si hubiera diferentes responsables (Jiménez, 2010). Respecto al enfriamiento, se procederá a una explicación más amplia y detallada en el apartado que se dedicará al estudio de este tipo de asesino.
- Asesinos en masa. Aquellos que matan a cuatro o más víctimas, pero en un mismo momento temporal y en una misma localización geográfica. En este caso, no existe el período de enfriamiento mencionado en los asesinos en serie, ya que los asesinatos se realizan de forma simultánea o con muy poco intervalo de tiempo entre ellos. El ejemplo prototípico de este tipo de asesinos es el que se escucha demasiado habitualmente en las noticias sobre Estados Unidos: chico que entra con un arma en un instituto y mata a varias personas (Jiménez, 2010; Jiménez, material no publicado).

- Asesinos frenéticos. Este tipo de asesinos múltiples también se caracteriza por el hecho de que mata a dos o más personas, en un intervalo de tiempo sucesivo, pero, en este caso, se lleva a cabo en dos o más lugares. Esto es, el asesino se desplaza de un lugar a otro para continuar con su propósito, por ello, puede parecer que existe un período de enfriamiento entre un crimen y otro, pero el tiempo que transcurre es debido al desplazamiento geográfico que realiza el criminal (Jiménez, 2010).

Estos asesinos continuarían desplazándose de un sitio a otro (estratégicos para ellos) y matando si no se les detuviera. En el caso del asesino en masa, en cuanto éste consiguiera su propósito, que es entrar en ese sitio concreto y matar a esas víctimas concretas, se quedaría “tranquilo” y dejaría de matar (se habla en condicional, es decir, suponiendo, pues en la mayoría de los casos estos criminales son cogidos por la policía y acaban siendo abatidos a tiros, o se suicidan) (Jiménez, 2010; Jiménez, material no publicado).

Asimismo, resulta interesante destacar que la mayoría de las teorías y técnicas empleadas para la perfilación criminal y, en concreto, para el asesino en serie, provienen de Estados Unidos (Jiménez, 2010). Esto implica que muchas de las características que se describan sobre este tipo de criminales, estarán muy relacionadas y serán fácilmente identificadas con la cultura americana. Por ello, resulta un dato a tener en cuenta de cara al análisis del libro por las posibles diferencias culturales que puedan aparecer; aunque, en la mayoría de las obras de ficción relacionadas con los asesinos en serie, dichos personajes aparecen con las características de los asesinos en serie americanos y la obra de ficción que se trata en este trabajo no es una excepción. Sin embargo, se considera importante tener precaución respecto a este asunto.

El hecho de que la técnica del perfil criminológico y la información de este tipo de asesinos provenga en su mayoría de Estados Unidos, tiene su explicación. Por una parte, es el lugar del mundo donde tienen lugar el mayor número de asesinatos en serie, solo en el año 2018, han ocurrido 3204 de estos asesinatos, mientras que en España 147 (Paulson, 2018).

Además, según autores como Garrido y López (2010) y Jiménez (2010), el primer caso donde se puede considerar que se aplicaron los conocimientos de la psicología y la psiquiatría a la perfilación de un delincuente, es decir, el que sería el primer perfil psicológico criminal, fue el del “loco de las bombas” (*mad bomber*) que, precisamente, ocurrió en Estados Unidos. En este caso, el inspector a cargo de la investigación, solicitó la ayuda del psiquiatra James A. Brussel para poder limitar los sospechosos, ya que eran incapaces de atrapar al culpable y ya había causado muchas muertes. Este psiquiatra realizó el perfil del asesino basándose en su razonamiento deductivo, su experiencia y el cálculo de probabilidades (Garrido y López, 2010). Gracias al mismo, consiguieron atrapar al culpable, ya que Brussel aportó características tanto psicológicas, como físicas y geográficas, que permitieron identificar a un posible sospechoso que terminó siendo el “loco de las bombas”.

A raíz de este hecho, el perfil criminológico tuvo mayor aceptación entre las policías y cuerpos de seguridad de los diferentes países y fue teniéndose más en cuenta en las investigaciones, a pesar de que en varias ocasiones tuviera fallos y, por supuesto, sin que fuera (y aún hoy no lo es) una técnica infalible.

Finalmente, existe otro hombre cuyo trabajo también contribuyó de forma decisiva a la incorporación de la técnica del *criminal profiling* o *offender profiling* en las investigaciones criminales en Estados Unidos: Robert Ressler, criminólogo americano que dedicó su vida al estudio de los asesinos en serie y ayudó en la creación de la Unidad de Análisis del Comportamiento del FBI.

Justificación teórica y relevancia del trabajo

En la sociedad actual, las obras de ficción tienen mucha repercusión, esto es, son consideradas por los lectores o espectadores una fuente de información que ellos asimilan, muchas veces, sin cuestionar. Por tanto, representan un bagaje informativo, educativo y divulgativo de los fenómenos que ocurren en nuestro mundo.

De modo que, la manera en que las personas entienden todos estos fenómenos está supeditada a lo que aparezca en dichas obras de ficción. Bien es cierto que, gracias a los múltiples estudios que realizan los criminólogos hoy en día, las obras de ficción reflejan todo este conocimiento, teorías y cuestiones sociales, pero muchas veces los usuarios desconocen y no saben diferenciar lo que es verdad de lo que es fantasía (necesaria, por otro lado, dentro de una película o un libro) o se les hace incomprensible.

Trabajos como éste que se está presentando, ayudan al público a comprender mejor este tipo de fenómenos, como el de los asesinos en serie, y a reflexionar sobre ellos; consiguiendo, por ejemplo, que la gente no asocie únicamente al asesino con un loco, sino que también piensen que es un producto social.

Estos estudios pueden ayudar a que la obra de ficción sea más inteligible por los espectadores o lectores, ya que se les aproxima dicha realidad social y todas las teorías que hay tras ella, y con un lenguaje más asequible. Además, gracias al análisis y la comparación que se realiza entre dichas obras y las teorías reales, las personas, pueden comprender mejor, y de una manera más crítica, lo que se les está presentando.

En definitiva, este trabajo puede ser relevante porque está enfocado a ayudar a que la sociedad comprenda de forma adecuada estos fenómenos, a tener un conocimiento más crítico de ellos, y a entender las facetas más oscuras del ser humano. Se puede conseguir acercar a los ciudadanos a sociedades tan complejas, que muchas veces no quieren verse o quieren ocultarse porque se desconoce cómo funcionan y provocan temor.

Con este trabajo, se intentará sacar a la luz estos temas tan presentes en nuestras vidas.

METODOLOGÍA

Estrategias de Búsqueda

Para llevar a cabo el presente trabajo y obtener toda la información necesaria relacionada con el tema objeto de este, se realizó una búsqueda y lectura profundas y sistemáticas de documentos, libros de autores y artículos de revistas científicas dedicadas tanto al estudio de la salud mental como a la criminología y la sociología.

Primeramente, se procedió a buscar información y artículos a través de la herramienta informática Google Scholar, así como en la base de datos multidisciplinar de EbscoHost facilitada por la biblioteca de la Universidad Pontificia Comillas. Se intentó seleccionar artículos, tanto en español como en inglés, lo más recientes posibles, para así poder aportar información actualizada sobre el tema. El total de artículos extraídos de dichas fuentes de información fueron diez (uno de ellos era un libro electrónico). Cabe señalar, que no se seleccionaron muchos más artículos porque también se dispuso para la obtención de información de libros especializados, como se indica a continuación.

Del mismo modo, se realizó una búsqueda de libros de autores especializados en el tema como John Douglass, Jorge Jiménez, Robert Ressler o Vicente Garrido, en la biblioteca de la Universidad Pontificia de Comillas.

Finalmente, es necesario señalar, que se empleó información extraída de los apuntes de la asignatura Perfiles Criminales del curso 2018-2019 impartida por Jorge Jiménez Serrano en el curso 5º del Doble grado de Psicología y Criminología de la Universidad Pontificia Comillas Facultad de Ciencias Humanas y Sociales.

Criterios de exclusión y de inclusión

Las palabras claves utilizadas para poder obtener toda esta información fueron: criminalidad, perfil criminológico, perfil criminal y asesinos en serie (así como sus correspondientes términos en inglés, como *serial killers* en el caso de asesinos en serie).

Tras la obtención de información utilizando dichas palabras clave, los criterios de exclusión e inclusión que fueron empleados para la selección tanto de los artículos, como de los libros fueron, por ejemplo, que se tratara de autores ampliamente reconocidos en el ámbito que trataban o que, siempre que se pudiera, dataran de las fechas más actuales. Con respecto al tema de los asesinos en serie y el perfil criminológico, primero se seleccionaron libros que explicaran, de modo general, la técnica del perfil criminológico, para después escoger aquellos que hablaban de la aplicación de esta técnica a los asesinatos en serie en particular. Para el caso de los asesinos en serie, se descartaban aquellos que exponían de un modo amplio la clasificación de los asesinos múltiples, desarrollando más esta parte, para seleccionar los que tenían mayor información y más concreta acerca de los primeros, así como de sus características y tipologías.

Extracción de datos

Tras la búsqueda efectuada, se obtuvieron cuatro libros (dos de ellos en formato electrónico) relacionados tanto con los asesinos en serie como con el perfil criminológico. Uno de dichos libros tuvo que ser descartado por no encontrarse información que pudiera ser aplicada a este trabajo en concreto. Todos los libros en idioma español.

Del mismo modo, se obtuvieron 10 artículos sobre los temas mencionados, así como un artículo que realizaba un análisis sobre la presencia de los asesinos en serie en el cine. Igualmente se empleó la página web oficial de Gran Bretaña del autor Jo Nesbø y otra donde se exponían los datos de asesinos en serie por países.

Para determinar si los artículos o libros podían ofrecer información de interés, se llevó a cabo una lectura de los abstract, en el caso de los artículos, y de los índices, en el caso de los libros. Una vez decidido que el documento en cuestión podría resultar de utilidad para el presente trabajo, se procedió a la lectura completa del mismo.

RESULTADOS

Resumen del libro: *La estrella del diablo*, de Jo Nesbø

Harry Hole es un oficial de policía que trabaja en la sección de delitos violentos de la Comisaría General de Grøland, sede principal del distrito policial de Oslo, y es el protagonista de esta historia.

El libro de *La estrella del diablo* es el quinto libro de la saga de Harry Hole y en esta ocasión la trama trata de unos asesinatos en serie (motivo por el que se ha escogido esta novela para analizarla). Existe además otra trama entrelazada, pero que no se procederá a describir pues no interesa de cara al objetivo de este trabajo.

La historia comienza con el asesinato de una joven, Camilla Loen, mientras estaba en su piso duchándose. Se la encuentra desnuda, asesinada de un disparo en la frente y con el dedo índice de la mano izquierda cortado. Pero lo que más sorprende a los investigadores, es la aparición de un diamante de rojo con forma de estrella de cinco puntas debajo de su párpado.

Al principio creen que se trata de un asesinato aislado, pero todo cambia cuando se les notifica la desaparición de otra mujer, Lisbeth Barli. Su marido, Willy Barli, es quien llama a la policía para informar y parece afectado durante toda la historia, e incluso intenta ayudar en lo que puede. Sin embargo, la imagen que tenemos los lectores de este personaje cambiará al final de la historia.

De todos modos, todavía sin saber quién es el verdadero asesino, este último suceso no parece que tenga relación alguna con el caso anterior. No obstante, al recibir un sobre en la comisaría que contiene un dedo corazón izquierdo con un anillo que tiene un diamante rojo en forma de cinco puntas, todos los investigadores cambian de opinión. Parece que se encuentran, entonces, ante un asesino en serie.

A pesar de todas las investigaciones que llevan a cabo para intentar frenar a este criminal, se comete otro asesinato en la oficina de abogados Halle, Thune y Witterlid. Se trata, de

nuevo, de una chica joven, muerta por un disparo, pero esta vez en la nuca (como en el primero, se encuentra el arma en la escena del crimen) y que es hallada en el baño de mujeres en una postura que podría entenderse como sexualizada (apoyada sobre las rodillas hacia adelante, con la falda levantada con el propósito de que se le viera la ropa interior). Su nombre es Barbara Svendsen y también le han cortado un dedo de la mano izquierda: el anular. En esta ocasión el diamante rojo con forma de estrella de cinco puntas se localiza dentro de uno de los pendientes que llevaba puesto el cadáver (pendiente que se abría y que le había puesto el asesino cambiando el original que llevaba Barbara).

Todos parecen perdidos en el caso y, dado que se trata de un asesino en serie lo que tienen entre manos, deciden solicitar la ayuda del psicólogo Aune, que ya en otra ocasión les había asesorado en temas tan peliagudos como este. Su trabajo en el caso, entonces, va a consistir en dar una charla magistral sobre lo que se conoce sobre los asesinos en serie y su modo habitual de comportarse, así como en ayudar y opinar en el resto de hallazgos que se vayan obteniendo.

Por suerte, de repente tienen la pista de que un testigo vio un ciclista enmascarado en el lugar del asesinato de Barbara, lo que limita la búsqueda de sospechosos. Además, este descubrimiento arroja un poco de comprensión respecto a cómo el asesino pudo entrar la casa de Camilla sin que a nadie le extrañara, ni incluso a la propia Camilla: vistiendo como un mensajero que está repartiendo paquetes, nadie sospecharía si le vieran entrando en los pisos de las personas, de hecho, ni siquiera repararían en él.

Tras lo cual, Harry Hole, descubre el patrón que está detrás de todos estos misteriosos asesinatos: el cinco, “La clave” (p.248). El asesino se rige por el número cinco en todos sus comportamientos: los asesinatos eran justo cada cinco días y siempre alrededor de las cinco de la tarde; además, el diamante era una estrella con cinco puntas (estrella que, por cierto, descubre que ha sido pintada o tallada en cada una de las escenas del crimen en algún lugar cercano, como en la madera del cabecero de una cama, o dibujada sobre el polvo de un televisor que vendían en frente de unas oficinas...), se trata de un pentagrama (que Harry averigua que es el símbolo del diablo, *la estrella del diablo*); igualmente, los dedos cortados parecen una cuenta atrás de cinco dígitos, como los 5 dedos de una mano...y todos los asesinatos han sido perpetrados en un quinto piso. Era como un ritual que se repetía en todos los asesinatos, un ritual demasiado perfecto quizás.

A raíz de esto, Harry ya es capaz de conocer dónde y cuándo van a ser los siguientes asesinatos, que serían dos, pues faltaban dos dedos que aún no habían sido cortados: el meñique y el pulgar. Sin embargo, en el intento de la Unidad de Crímenes Violentos de proteger a las que creían que serían las futuras víctimas, descubren que una de ellas ya había sido asesinada con anterioridad: justo cinco días antes que el asesinato de Camilla Loen. Esto indicaba, por tanto, que ese era realmente el primer asesinato. La víctima era Marius Veland, un chico joven que también muere de un disparo en la cabeza pero que cuyo cadáver es escondido en el desván (que sería el quinto piso de ese edificio) envuelto en caucho para que su olor no delatase su presencia.

Por tanto, solo quedaba una víctima, la madre del que, hasta ahora, era el principal sospechoso, ya que todas las pistas apuntaban a él: Sven Sivertsen (justo resultaba ser, de forma muy conveniente, traficante de armas, entre las que se encontraban las que se utilizaban para matar a las víctimas, así como de diamantes como los que se hallaban junto a todas las víctimas). De modo que, consiguen detenerle.

Sin embargo, Harry Hole sigue sospechando, y sabe que no puede ser todo tan fácil; además, gracias al desarrollo de la otra trama que no ha sido explicada, consiguen una fotografía que incrimina y destapa a quién es el verdadero asesino en serie: Willy Barli.

Willy Barli, amaba a su mujer, pero ésta le engañó durante su viaje de novios con Sven Sivertsen y, aquello, requería una venganza; por lo que Barli urdió un plan, escenificó todo (pues él es un hombre de teatro, y generar y manipular escenas es su pasión), montó una trama de asesinatos en serie con todas las pruebas apuntando directamente a Sven. Además, mientras tanto, aprovechaba para cubrirse las espaldas del asesinato de su propia mujer con sus propias manos. Por eso todo el patrón, todo el ritual era tan perfecto. Las auténticas víctimas eran Lisbeth Barli y Sven Sivertsen, pero para tapar eso, tenía que matar a otras tres personas, por puro azar (trazando el pentagrama partiendo desde su casa a la casa de la madre de Sven, de manera que luego señalara el resto de lugares donde debían ser esos asesinatos para que fuera un pentagrama perfecto). Por lo que Willy Barli se había convertido en un asesino en serie solo para vengarse de su mujer y del amante de ésta. Como dato final y, bastante escalofriante, el cuerpo de Lisbeth se encontró casi embalsamado dentro de la cama de agua de Barli donde él dormía cada noche...

(Todo extraído del libro de Jo Nesbø, *La estrella del diablo* y de la página oficial de Jo Nesbø de Inglaterra: jonesbo.com)

El mundo del asesino en serie

Definición y características

Como ya se señaló en la introducción, el asesino en serie es aquel que mata a tres o más personas en diferentes espacios de tiempo. Ahora bien, cabe señalar que la cantidad de víctimas que se establece como criterio, no es del todo exacta, pues el asesino en serie seguramente continuaría matando si no le capturasen, es decir, que podría matar a más de tres personas y seguir siendo clasificable en la categoría de “asesino en serie” (Garrido y López, 2010); más aún, hay numerosos casos de asesinatos que no se han vinculado a una misma persona porque no se tenían suficientes pruebas pero que, sin embargo, es probable que sean obra del mismo autor, superando, entonces, el criterio de “tres de víctimas”. Por ejemplo, uno de los casos más famosos de asesinos en serie de Estados Unidos es el de Ted Bundy, que fue condenado a muerte en 1989 por el asesinato de alrededor de 36 mujeres, cuando, sin embargo, se estima que el verdadero número de víctimas podía estar en torno a las 100 mujeres (Romi, 2011). Por esta razón, autores como Vicente Garrido y Patricia López (2010), establecen el criterio numérico en dos, ya que, explican, en cuanto es superada la dificultad que conlleva matar por primera vez, el segundo asesinato aumenta la probabilidad y la facilidad de que cometan muchos más.

De hecho, esto lo podemos apreciar en el libro de Jo Nesbø cuando Willy Barli (en adelante solo Barli) le está explicando a Harry Hole que el primer asesinato fue el que más le costó llevar a cabo (p.434).

Otro de los aspectos que caracteriza a un asesino en serie es ese espacio temporal entre un crimen y otro, lo que se conoce como el período de “enfriamiento”. Durante este lapso temporal, la persona no siente esa necesidad imperiosa de matar o, por lo menos, es capaz de controlarla (Garrido y López, 2010). Sin embargo, esto no quiere decir que no esté planeando su siguiente asalto (Jiménez, 2014). Después de este espacio de tiempo, el asesino decide actuar de nuevo, pues ya no quiere soportar más la tensión que experimenta. Garrido y López (2010) defienden que, en ese momento, él siente que tiene el poder de dar y quitar la vida y por ello sale a matar, interpretando un personaje que le hace alejarse de la vida que tiene y que no le gusta. Matando y seleccionando a quién deja vivir y a quién no, vive una existencia en la que él tiene el control, es alguien y es superior; o bien se vive como el que tiene el poder de castigar a quienes él cree que se lo merece. El asesino se siente omnipotente y siente que tiene el control sobre el mundo. No obstante, el asesinato sacia momentáneamente estos deseos y necesidades psicológicas

(Jiménez,2014), pero al cabo del tiempo necesita volver a actuar para volver a sentir lo mismo, ya que es algo que solo obtiene mediante sus asesinatos, su vida normal no se lo da. Precisamente por esta motivación, no se incluyen dentro de esta categoría a aquellas personas que matan por dinero como si fuera su profesión; así como tampoco se incluye a los terroristas (Garrido y López, 2010).

Nuestro asesino Barli también refiere este aspecto, esa sensación de poder y esa excitación que le genera saber que él es quien decide que esta persona es la que va a morir y no otra, aunque ésta fuera seleccionada por puro azar (escogida por medio del pentagrama).

Continuando con ese período de enfriamiento característico de este tipo de asesinatos, Jiménez (2014) defiende que éste se ve favorecido por el hecho de que el criminal se lleve un “trofeo” o un “souvenir” de su víctima. Esto genera un recuerdo y una reexperimentación de la situación vivida y de su momento de triunfo, de poder y placer, haciendo que, de momento, se conforme con ese recuerdo y no tenga que volver a actuar; pero, finalmente, ya no es suficiente. Las recreaciones que le permiten hacer estos souvenirs (que puede ser desde un objeto de la víctima, hasta una parte del cuerpo de ésta) dejan de resultar útiles y necesita llevar su fantasía a la realidad (Jiménez, 2014).

En un estudio realizado por Maurice Godwin (como se citó en Jiménez, 2014) se encontró que el 24% del grupo de asesinos en serie que se analizó, solían llevarse un objeto como trofeo.

Barli entra dentro de este comportamiento. Él no solo se lleva un trofeo de cada asesinato (los dedos), sino que el máximo trofeo es el cadáver entero de su mujer que conserva metido en su cama de agua y con el que duerme cada noche sintiéndolo bajo él. Quizás no podamos atribuirle tanto a este elemento esa incapacidad de poder satisfacer su fantasía durante un tiempo, pues según explica Barli, su objetivo únicamente era matar a su mujer y conservarla para él solo y no para otro. No es un impulso que tenga que satisfacer de forma continua y por eso deba llevarse el trofeo, sino que era su objetivo final y por este motivo le satisface ya para el resto de su vida (aunque esa vida acabe cuando le descubren). Aunque esto solo podemos suponerlo, ya que, como hemos visto, un asesino en serie continúa matando hasta que le paran. Quizás Barli pensaba que todo había acabado cuando había conseguido matar a su mujer y encubrir su asesinato con la trama de los otros asesinatos en serie, pero, sin embargo, se puede ver reflejado en el libro que

iba a continuar asesinando, dado que finalmente mata a la hermana de Lisbeth con la que también estaba iniciando una relación (llega hasta ese punto de obsesión, e incluso hace que se asemeje físicamente todo lo posible a su mujer muerta). Se podría alegar que la mata porque descubrió el cuerpo de su hermana muerta en la cama donde hace unos minutos había estado manteniendo relaciones sexuales con el marido de ésta, pero ¿quién nos asegura que, si no le llegan a capturar, no lo hubiera hecho finalmente porque la hermana en algún momento le engañara o quisiera cortar la relación? (Barli parece llevado por ese tipo de distorsiones e ideas de la realidad en la que las mujeres son objetos que deben ser únicamente suyos y no de otros).

Por otro lado, también se ha hablado sobre el tiempo que debe durar ese período de enfriamiento. Algunos autores como Holmes y Holmes (Petherick, como se citó en Jiménez, 2014) abogan que debe ser un período de 30 días; sin embargo, otros mantienen que puede ser de 24 horas.

Tal y como se describe en la teoría y se ha visto en la práctica de la vida real, no se puede considerar que Barli tuviera un período de enfriamiento, ya que no aparece reflejado en el libro que él sintiera esa tensión que finalmente no soporta y provoca que cometa otro crimen. Realmente era un plan, si hubiera tenido que esperar 10 días, lo habría hecho, es decir, no parece tanto una sed que no le deja vivir. A no ser, por supuesto, y basándonos en una suposición, que todo sea en realidad una excusa y que su verdadera naturaleza sea la de un asesino en serie, ya que no es lo más habitual que, de repente, uno decida matar a tantas personas solo para encubrir su verdadero crimen. Él realmente sí quería sentir el poder, quería ser el director de su obra de teatro de los asesinatos en serie, como así lo era en su vida real (es importante señalar que era productor de la obra, pero se da a entender que él realmente maneja los hilos).

Asimismo, igual que hay distancia en el tiempo, el asesino en serie también suele actuar en distintos lugares, aunque más adelante se explicará que siempre lo hace en el entorno que conoce muy bien y donde hace su vida cotidiana.

Otra de las características de los asesinos en serie es que suelen matar a víctimas desconocidas (Maurice Godwin, como se citó en Jiménez, 2014), lo que dificulta aún más las investigaciones. Como ya se señaló en la introducción de este trabajo, la unión entre el período de enfriamiento y esta selección de víctimas desconocidas, provoca la individualización de los asesinatos, es decir, que parezca que son independientes y de

diferentes personas (Jiménez, 2014). Por ello, en muchas ocasiones los investigadores tardan más en apresar al culpable porque investigan los casos de forma individual, sin vincularlos, favoreciendo que el culpable continúe matando. Barli, en efecto, ataca a personas desconocidas, exceptuando a su mujer y al amante de ésta.

En este punto cabe señalar, que nuestro asesino tiene un amplio conocimiento de las características de los asesinos en serie, lo que podría ser el reflejo de lo que sabe la sociedad hoy en día al respecto. Esto es así porque, por ejemplo, sabe que suelen tener motivación sexual (como se señalará a continuación) puesto que intenta escenificar las muertes con carácter sexual; conoce también que debe haber espacio temporal entre las muertes, que tienen un comportamiento característico que se repite de un crimen a otro (es lo que se conoce como firma y que en el apartado del perfil criminológico se explicará con mayor detalle) o que matan a más de dos personas...

Como se ha mencionado, estos asesinos suelen tener motivaciones sexuales. Numerosos estudios se han llevado a cabo acerca de este tema (sobre todo en Estados Unidos), recopilando información sobre los diferentes asesinatos en serie acerca de los que se tiene conocimiento y llegando a la conclusión de que la mayoría de ellos son de temática sádica y sexual (Dietz, Hazelwood y Warren, como se citó en Jiménez, 2014). Sin embargo, como bien señala Garrido en su artículo *El perfil psicológico aplicado a la captura de los asesinos en serie* (2000), el hecho de que tengan naturaleza sexual no significa que un violador sea un asesino en serie, y viceversa.

En el libro de Jo Nesbø, el psicólogo Aune les ayuda en la investigación con una especie de clase magistral sobre los asesinos en serie. Este psicólogo asegura acertadamente, aunque quizás de manera muy absoluta, que todos los asesinatos en serie tienen un motivo sexual. Tal vez no podamos defender que definitivamente todos sean de naturaleza sexual, pero desde luego, las estadísticas reflejan que, en la mayoría de los casos, ocurre así.

Barli no comete los asesinatos con una motivación sexual, pero así los escenifica.

Por otra parte, la mayoría de los asesinos en serie, en base, de nuevo, a estudios realizados en Estados Unidos, son varones de raza blanca con una edad comprendida entre los 20 y los 35 años (Ressler et al., como se citó en Garrido, 2000). Existen algunos casos de asesinos en serie mujeres, pero no es lo habitual (Salado, 2016 y Romi, 2011). Asimismo, estos estudios determinaron que las muertes se cometían habitualmente por medio de acuchillamientos o por el estrangulamiento, entre otras. Se señaló que las armas de fuego

eran las menos empleadas por no implicar un contacto tan personal como las otras. De hecho, Garrido y López (2010) señalan que, cuando un asesino emplea una pistola para matar a sus víctimas, implica que pone una gran distancia emocional entre él y éstas, y que las deshumaniza, es decir, que las trata como a simples objetivos a los que abatir y cuyas caras no le importan (Garrido y López, 2010).

Nuestro asesino Barli mata a todas sus víctimas de un disparo en la cabeza, lo que puede reflejar este aspecto señalado (contradiendo las estadísticas, por otro lado). Analizando esto más en profundidad, las víctimas que escogió al azar simplemente siguiendo el dibujo del pentagrama, eran personas sin importancia para él, meros instrumentos que le facilitaban despistar a la policía y encubrir sus verdaderas intenciones. Por ello, estas víctimas estaban deshumanizadas y la forma de matarlas con un disparo en la cabeza puede ser una señal de eso. Asimismo, y aunque sea su mujer y podamos pensar que no quería deshumanizarla, al emplear de igual modo el arma de fuego para matarla, indica que, para él, sí lo estaba. Ella era a quien realmente quería matar, pero aun así, la trata como un objeto, pues la despoja de sentimientos y solo importan los suyos propios (esa traición que siente y con la que se justifica); la mata e incluso se queda su cuerpo para tenerla como una estatua a la que poder contemplar, toda para él. Barli convierte completamente a Lisbeht en un objeto.

Otro dato importante que destacar sobre los asesinos en serie, es la manera que pueden tener de justificar sus actos. Autores como Walters (como se citó en Garrido y López, 2010) se han dedicado a elaborar teorías acerca de este tema (completando la obra de los autores Yochelson y Samenow). Walters define una serie de mecanismos cognitivos:

- “Justificación de los delitos”, esto es, una forma de pensar que les permite seguir manteniendo su autoestima a la vez que asesinan. Ellos se dan justificaciones a sí mismos que también tienen la intención de disminuir el rechazo que generan en el resto de las personas por sus crímenes. Son un conjunto de creencias que cada uno elabora más o menos, de modo que ellos mismo se las puedan creer y sea más probable que el resto también lo haga. Al fin y al cabo, se trata de emplear el lenguaje de manera estratégica para minimizar lo que se ha hecho, para justificarlo y hacer ver que era lógico que se llegara a ese punto, o que era algo que no se podía evitar; para negar la realidad o mentir abiertamente...Podrían definirse

como una serie de distorsiones en su forma de pensar y de ver el mundo. Por ejemplo, en el caso de Barli podríamos decir que aplica esta herramienta, pues cuando intenta explicarle a Harry el porqué del crimen, se justifica con el hecho de que su mujer le había engañado y que, por tanto, era totalmente comprensible que tuviera que matarla.

- “Cortocircuito”. En este caso, el criminal opta por “desconectarse” de la parte de su mente que le alerta de las posibles consecuencias que le puede acarrear cometer otro delito (mecanismo de pensamiento muy típico de los depredadores seriales (Garrido y López, 2010). El criminal se dice para sí que no le va a pasar nada.
- “Arrogarse el derecho”. La persona se siente con derecho a hacer este tipo de cosas. Debe ser así y él debe obtener lo que desea. Además, considera que es el único que lo merece porque es diferente a los demás. Como es evidente, este modo de pensar y, por tanto, de comportarse, no encaja con la manera de funcionar de nuestra sociedad, por eso el criminal ve frustrados sus deseos y escoge enfrentarse a esa frustración empleando la violencia.
- “La orientación de poder”. Este mecanismo está muy relacionado con el anterior. Ellos dividen el mundo entre los fuertes y los débiles y, por supuesto, ellos tienen que estar en el primer grupo. Pero muchas veces no es así, y entonces emplean la violencia para evitar sentirse débiles, insignificantes o sin recursos, ya que eso no puede ser, ellos son personas que tienen el derecho de obtener lo que deseen, son diferentes y, por consiguiente, deberían ser los poderosos y llevar la vida que se “merecen”.
- “Sentimentalismo”. Mediante esta herramienta el criminal intenta hacernos ver a los de fuera que entiende los sentimientos de, por ejemplo, las familias de sus víctimas; es decir, tratan de parecer buenas personas empleando palabras que expresan sentimientos pero que, en realidad, están vacías de ellos. De este modo también intentan convencerse a sí mismos de que son buena gente. Pueden incluso fingir que se entristecen o se emocionan cuando les hacen hablar o les nombran los hechos que han cometido, pero es un sentimiento de pena dirigido hacia sí mismos, nada sienten con respecto al dolor de las víctimas.
- “Superoptimismo”. En este caso, el asesino tiene la creencia de que va a resultar impune del acto que comete y va a conseguir llevar a cabo su crimen sin consecuencias para él. Además, piensa que no va a ser capturado por ello, puesto

que él se siente superior a la policía y a los investigadores. Las consecuencias adversas, de nuevo, se obvian.

- “Indolencia cognitiva”. Según Walters este tipo de pensamiento explica el modo de vivir de muchos criminales: son perezosos y están hartos de la vida que llevan. Suelen trabajar en empleos sencillos que no les obliga a hacer muchos sacrificios o tienen a su pareja como fuente de ingresos. En el caso de que se planteen metas en la vida que realmente requieran un esfuerzo, suelen ser poco realistas con ellas dados sus recursos y circunstancias. Como se puede apreciar, este no es el caso de Barli. Él es un hombre con un importante empleo que, además, tiene éxito. El hecho de producir una obra de teatro requiere un esfuerzo continuo y no parece que viva de modo hastiado y cansado de su vida. Parece que se tratara de un psicópata o, por lo menos, con rasgos psicopáticos, que está muy bien integrado y que, por una circunstancia vital (que su mujer le engañe), explota, llegando a cometer esos cuatro asesinatos.

Lo cierto es que muchas veces las personas tendemos a convencernos de que el individuo que ha cometido ese asesinato (o asesinatos) tan horrible, debe tener necesariamente alguna patología o trastorno de la personalidad. Pero también debemos aceptar que la maldad está en el ser humano, y una persona sana, normal, bien integrada en la sociedad, sin una patología mental como tal, puede llegar a realizar actos de este tipo (Jiménez, material no publicado). Jo Nesbø no pretende justificar a este asesino en su libro, no le atribuye ninguna enfermedad o, por lo menos, no se hace nunca alusión a ello en ningún momento; por ello, quizás resulte más realista en el sentido de que muestra a la sociedad, a sus lectores, que personas normales e incluso famosas, pueden matar o asesinar en serie.

- “Discontinuidad”. Refleja la inconsistencia en el pensamiento de los criminales, y, por consiguiente, en su modo de comportarse. Cuando ellos relatan los hechos no entendemos muchas veces cómo de una cosa han pasado a otra, o se comportan de una forma que no encaja en absoluto con los resultados que ellos habían previsto. Esto es algo de lo que no son conscientes.

Más adelante se procederá a explicar la técnica del perfil criminológico aplicada a la captura de los asesinos en serie ya que, como se puede comprobar, los asesinos en serie presentan unas características que hacen que sea “fácil” identificarlos cuando nos encontramos ante uno. Sin embargo, para acabar con este apartado que habla del mundo

del asesino en serie, resulta importante señalar que, durante un caso, el perfilador intenta entender y descubrir qué busca y qué cuenta el asesino con su acto criminal, porque el que asesina o viola, narra una historia a través de esos crímenes (Garrido y López, 2010). Por este motivo, el investigador tiene que tratar de dilucidar el “por qué” y el “para qué” de los mismos. El “por qué” puede ir desde qué motivación tiene la persona (quería matar), a las circunstancias idóneas que se dieron para el acto (estaba sola y desprotegida en un lugar sin tránsito). Sin embargo, el “para qué” implica algo más profundo y más interesante de desvelar y de más ayuda para la investigación: es la finalidad última del crimen, lo que narra el asesino con sus crímenes, sus necesidades psicológicas reflejadas en ellos (Garrido y López, 2010).

Clasificación y tipologías

Dejando de lado las características más esenciales de este tipo de asesinos, pasamos a hablar de las distintas clasificaciones que se han hecho de los mismos. Autores como Ressler et al. (como se citó en Garrido, 2000) realizaron una división de estos asesinos que hoy en día no se sostiene tan férreamente como en aquel entonces (aunque continúa siendo la clasificación usada por el FBI a pesar de las críticas que recibe de otros modelos), pero que, sin embargo, resultó muy útil en su momento para avanzar en las investigaciones (Garrido y López, 2010); Ressler dividió a los asesinos en serie en asesinos organizados y asesinos desorganizados. El asesino organizado normalmente se asocia a una personalidad psicopática; se trata de un criminal que planifica sus crímenes y que suele matar a personas desconocidas; deja pocas huellas en la escena (lo que se conoce como “conciencia forense”, es decir, tiene un gran conocimiento sobre la ciencia forense), lleva su propia arma y, además, suele transportar el cadáver a otra escena diferente de donde cometió el crimen. Del mismo modo, se trata de una persona que puede tener una vida normal, ordinaria, y que puede estar adaptada socialmente, lo que favorece que se oculten sus actos criminales (pues no resultan sospechosos a primera vista) (Garrido, 2012). Finalmente, sus crímenes no se caracterizan por una extrema violencia o mutilaciones (Garrido y López, 2010). Este tipo de criminales muestran un gran control de la situación y de la víctima (a la que eligen minuciosamente) y planifican de forma detallada su próxima puesta en escena en el período de enfriamiento.

También sería una característica de los asesinos organizados el hecho de alterar la escena disponiéndola de tal manera que represente una cosa que no es, para despistar así a la

policía (esto no ocurre en los desorganizados cuyas escenas criminales reflejan caos y espontaneidad) (Salado, 2016).

Esto podemos verlo reflejado en Barli, pues altera todas las escenas del crimen, todo su comportamiento criminal, de tal modo que parezca un asesinato en serie. Aunque, en el fondo así es, él, “ponga las excusas que ponga”, ha cometido una serie de asesinatos con las características que ya hemos señalado y, por tanto, es un asesino en serie (aunque quiera hacer pensar que su “maravillosa” mente ha urdido ese plan para encubrir su verdadero objetivo).

Es importante señalar, antes de pasar a explicar la otra tipología de Ressler et al. (como se citó en Garrido, 2000), que numerosos estudios avalan que la psicopatología más frecuente observada en estos criminales es la psicopatía y que, dentro de los asesinos organizados con rasgos psicopáticos, los más peligrosos y difíciles de investigar y de seguir el rastro serían los psicópatas integrados (los que llevan una vida normal, incluso casados y que tienen bastante control sobre sus impulsos y, por tanto, sobre sus crímenes) (Garrido, 2012). Ahora bien, es relevante destacar que todo esto no implica que sean sumamente inteligentes, al contrario de lo que la sociedad y los directores de cine o escritores de libros pueden llegar a pensar y representar en sus obras. Solo es necesario para cometer de forma tan adecuada sus crímenes, su decisión y que tomen precauciones, ya que tampoco las personas de su alrededor esperan que realicen estos actos (Garrido, 2012). Además, las estadísticas indican que sólo el 34% de los asesinos en serie terminan el instituto (Godwin y Rosen, como se citó en Salado, 2016).

En contraposición, los asesinos desorganizados (más relacionados con trastornos psicóticos como la esquizofrenia (Jiménez, 2010) no planifican sus crímenes, sino que más bien se mueven por los impulsos del momento, incluso a la hora de seleccionar a sus víctimas. No llevan una vida tan adaptada y común y ejercen una mayor violencia sobre la víctima (que no se preocupan de que sea o no sea desconocida). Asimismo, habitualmente la despersonalizan con acciones como cubrir su cara o mutilarla (Garrido, 2000; Salado, 2016).

Al contrario de lo que suele ocurrir con el otro tipo de asesino serial, éstos suelen tener relaciones sexuales, pero con la víctima ya muerta, y dejan el arma en el lugar del crimen (donde la han encontrado, es decir, no traen su propia arma) o no ocultan el cadáver

(Garrido, 2000; Salado, 2016). Por sus características, el asesino desorganizado resulta mucho más fácil de investigar y descubrir (Salado, 2016).

Siguiendo la tipología de Ressler, podemos considerar a Barli un asesino en serie organizado, pues planifica a la perfección sus crímenes. Tanto es así, que se preocupa en elaborarlos de forma que parezcan “solo” asesinatos en serie, es decir, dedica tiempo a este aspecto y a todo lo que implica. Además, no ejerce demasiada violencia sobre sus víctimas, y, salvo en una ocasión, les corta los dedos siempre después de su muerte. Del mismo modo, lleva una vida totalmente integrada e incluso de éxito, teniendo también una mujer. Esto provoca que el lector, mientras lee la historia, bajo ningún concepto sospeche de él (al llevar una vida tan integrada y mostrarse tan triste). Solo en el momento en el que se truncan sus planes y las cosas no salen cómo él quiere, opta por esta solución (llevado por sus ideas distorsionadas que tiene de base, como ya se ha señalado). Asimismo, salvo en su verdadero crimen, las víctimas son desconocidas para él.

De todos modos, también hay que señalar que Barli tiene algún rasgo de asesino desorganizado: no oculta el cuerpo de la víctima, y en por lo menos dos de los asesinatos, deja el arma del crimen en la escena (aunque es cierto que para que la policía la encontrase y pudieran relacionarla con Sven). Todo esto avala la idea, que se explicará a continuación, de que en realidad no suele haber asesinos organizados y desorganizados puros, sino que es habitual que se compartan rasgos de ambas categorías.

En todo caso, actualmente se hablaría más bien de “asesinos mixtos”, ya que todos tienen rasgos de desorganizados y organizados al mismo tiempo. Incluso esto ya lo señaló Ressler en su momento, incluyéndoles dentro de su clasificación (Garrido y López, 2010).

La clasificación de los asesinos en serie anteriormente explicada se llevó a cabo, sobre todo, en base a su *modus operandi*; pero existen otras divisiones realizadas en función de otros aspectos como puede ser en base a su motivación, por ejemplo, en el caso de Holmes y DeBerger (como se citó en Jiménez, 2014). Según dichos autores, existen: los “visionarios” (que sufren una psicosis, por lo que tienen alucinaciones que les empujan matar), los “misionarios” (estos, sin sufrir alucinaciones, tienen la idea delirante de tener la misión de erradicar a una determinada población como, por ejemplo, las prostitutas), los “hedonistas” (simplemente matan por el placer que les provoca) y los “dominantes”

(matan por la sensación de poder y control que les genera matar o dejar vivir a una persona).

Según esta clasificación, Barli podría encajar en el último de los tipos, el “dominante”. Esto es así porque, y como ya se ha indicado con anterioridad, cuando le explica a Harry su crimen, expresa la increíble sensación que le provocaba saber que era él quien decidía que esas personas, al azar, iban a morir o a vivir (p.433).

Por otro lado, Canter y Salfati (como se citó en Jiménez, 2014) también desarrollaron una clasificación fijándose en la relación que existía entre la víctima y el agresor:

- Instrumental-cognitivo: Son asesinos muy racionales, que planean sus crímenes y que tienen un objetivo concreto, una intencionalidad para con esa víctima en particular. Además, apenas dejan huellas en la escena del crimen, debido, entre otras cosas, a la posible experiencia delictiva previa que tenga. Barli se encontraría entre estos por su gran conocimiento sobre el proceder de los asesinos en serie y por su precaución de no dejar ningún tipo de evidencia en la escena. Además, como ya sabemos, perseguía un claro objetivo con sus asesinatos. Por otro lado, no tenemos información acerca de si tenía antecedentes penales, ya que no sale en la historia, pero, sin embargo, parece tener mucha conciencia forense. No obstante, esto último no es de extrañar ya que, hoy en día, gracias a las películas, las novelas y los programas de televisión que se realizan, incluso gracias a las noticias, un criminal está rodeado de ideas sobre cómo llevar a cabo su crimen de la mejor manera posible y sin que le descubran.
- Instrumental-oportunista: Este también persigue un objetivo con su crimen, pero a pesar de ello, la elección de la víctima la realiza más bien de modo oportunista, es decir, por estar en el momento y lugares adecuados para el asesino. Del mismo modo, el arma suele ser cualquiera que tenga a mano en la escena o pueden ser sus propias manos.
- Expresivo-impulsivo: Los asesinos de esta categoría no se mueven por una motivación o planificación previa, sino por un impulso, por una emoción intensa como puede ser la ira o la venganza; como por un arrebató que provoca que su ataque sea abrupto y cause muchos daños a la víctima (que para ellos tiene un significado concreto).

Cabe destacar otra clasificación de asesinos en serie que se basa en las motivaciones de estos pero que realmente nos muestra que los deseos que buscan satisfacer con sus crímenes no son muy diferentes a los que buscaríamos cualquiera de nosotros. Skrapec (Sanmartin y Raine, como se citó en Jiménez, 2014) es el autor responsable de esta clasificación y en sus estudios realizados mediante entrevistas a asesinos en serie, revela sus tres motivaciones fundamentales. Por un lado, tenemos la “venganza-justificación”. En este caso, los asesinos se viven como víctimas de un agravio sufrido en su vida que les generó un gran dolor y odio y que descargan sobre sus víctimas; por tanto, todo está justificado, pues es su forma de entender la justicia, deben pagar el daño que le han hecho. Además, comprenden el daño que provocan, pero no empatizan con las personas a las que matan, solo sus propios sentimientos son los importantes. Por otro lado, está el “control y poder”, tan deseado en nuestra sociedad y una de las cosas que genera tantas guerras hoy día. La explicación de este subtipo ya ha sido explicada con anterioridad, pues es la motivación principal que tienen la mayoría de los asesinos en serie: conseguir el poder y el dominio que les otorga la capacidad que sienten de decidir quién vive y quién muere. De esta manera, hacen realidad sus fantasías, son quienes realmente quieren ser y tienen el control que no tienen en su vida normal. Autores como Mc Clelland (como se citó en Jiménez, 2014), defienden que este tipo de asesinos tienen baja autoestima y sentimientos de inferioridad que suplen con sus crímenes, pues les hacen sentirse superiores.

Por último, está la motivación de “sentirse vivos”. Los asesinos en serie entrevistados en el estudio de Skrapec (Sanmartin y Raine, como se citó en Jiménez, 2014) explicaron que el asesinato les hacía sentirse vivos y, que toda la ira que sentían, la descargaban en el crimen, experimentando, entonces, una sensación de alivio (momentánea, por supuesto, pues luego vuelven a sentir la misma necesidad de matar ya que no tienen otra manera de afrontar sus frustraciones, sus sentimientos de inferioridad y su yo que no les gusta). Este tipo de criminales buscan también la atención de los demás y la fama, por lo que en muchas ocasiones, interactúan con los investigadores que llevan su caso, retándoles (incluso enviándoles cartas o dedos cortados, como en el caso de Barli) o hasta entregándose cuando ven que detienen a la persona equivocada o los medios de comunicación empiezan a olvidarse de ellos (Jiménez, 2014).

Conociendo esta clasificación, es claro que podemos encuadrar a Barli, principalmente, en la motivación de “venganza-justificación” pues, como ya se ha comentado, todo el

argumento de su crimen gira en torno a vengarse por el agravio que ha sufrido por parte de Lisbeth y Sven.

La técnica del perfil criminológico

En este apartado se procederá a describir los diferentes elementos que se ha visto que son esenciales para poder realizar el perfil criminológico. Sin embargo, no se explicarán las diferentes metodologías que existen en la actualidad a la hora de elaborar un perfil criminológico debido a su extensión y complejidad. Además, dado que uno de los objetivos del presente trabajo es determinar cómo se reflejan todos estos conocimientos en una obra de ficción y, justo en nuestra obra no se llega a resaltar este tipo de metodologías, no resulta conveniente extenderse en este aspecto. De hecho, no se llega a elaborar ningún tipo de perfil criminológico en el libro *La estrella del diablo*, debido también, entre otras cosas, a que todo es demasiado evidente respecto al asesino y los sucesos ocurren muy rápido. Es cierto que requieren la ayuda de Aune, un psicólogo experto en estos temas que les asesora, pero tampoco éste realiza un perfil criminológico propiamente dicho. Por todo lo expuesto, se procederá a analizar la presencia en la obra de ficción de los elementos que serían necesarios estudiar en el caso de que se hubiera querido hacer un perfil criminológico del asesinato en serie y de Barli (lo que, de todos modos, reflejaría también el conocimiento que se tiene al respecto y que se muestra a la sociedad a través de estas obras). Como veremos, dichos elementos se pueden ver reflejados en la novela, y muchos de forma acertada, es decir, que coincidirían con cómo se darían en un caso de asesinatos en serie real.

A continuación, se comenzará con una pequeña introducción acerca de lo que consiste el perfil criminológico. Dicha técnica, es considerada una disciplina de la ciencia forense que se encarga de estudiar las evidencias de comportamiento (como si de evidencias físicas se tratase) que se pueden hallar en la escena del crimen, con el fin de facilitar a los investigadores información sobre el criminal que pueda favorecer la captura del mismo (Garrido, 2012). Suele ser empleado, y es cuando resulta más útil, en los casos de asesinatos en serie y de delincuente desconocido, es decir, que no se trata de personas del círculo cercano de la víctima como es habitual en la mayoría de los crímenes y por donde se empieza a investigar a posibles sospechosos (Garrido, 2000); que, por tanto, no puede apreciarse su motivación de forma clara (Douglas, Ressler, Burgess y Hartman, 1986), y que denotan una gran expresión en la escena del crimen, esto es, que se pueda ver

reflejado en ella las necesidades psicológicas del asesino. Ahora bien, es importante señalar que, como bien explican Douglas, Ressler, Burgess y Hartman (1986), el perfil criminológico no indica exactamente quién es el asesino, sino que ayuda a determinar el tipo de persona que más se aproximaría a la que haya cometido ese delito en base a las características del comportamiento y de su personalidad.

Todo esto es posible debido a la premisa en la que se basa esta técnica: la forma de pensar de la persona y su manera de entender el mundo, se refleja en su conducta (Douglas, Ressler, Burgess y Hartman, 1986); además, como defiende Canter (como se citó en Jiménez, 2010), los seres humanos vamos desarrollando unos patrones de comportamiento que se generalizan a todas las áreas de nuestra vida y en distintos momentos de la misma (hipótesis de la consistencia), y lo mismo ocurre con el modo en que nos relacionamos con las personas (consistencia interpersonal). Los criminales no son diferentes, sino que también en su escena del crimen se verá reflejada su forma de pensar y su modo habitual tanto de comportarse como de relacionarse con los demás. Por este motivo, el perfilador se fija en los elementos de carácter comportamental y psicológico que se reflejan en la escena del crimen, pues de este modo, puede extraer conclusiones sobre la personalidad y las necesidades psicológicas y motivaciones de su autor (Jiménez, 2010; Douglas, Ressler, Burgess y Hartman, 1986).

Con respecto a los objetivos del perfil criminológico, el fundamental es ayudar a la investigación aportando información acerca de: “características del criminal que ayuden a reconocerlo o poderlo buscar, posibilidad de que vuelva a actuar, probables lugares de actuación futura y probable lugar de residencia o zona por donde suele moverse” (Jiménez, 2010, p.36). Sobre todo, el perfil criminológico ayuda en aquellos casos donde ya no hay más pruebas a las que se pueda recurrir para continuar con la investigación debido, mayormente, a que el asesino es desconocido y, por tanto, el número de sospechosos se amplía enormemente. Mediante esta técnica, al proporcionar características sobre el posible criminal, su elección de víctimas y, también muy importante, su conducta geográfica (por dónde suele moverse), se ayuda bastante a los investigadores a acotar ese número inmenso de sospechosos (Jiménez, 2010; Garrido, 2000).

Por otro lado, no existe un consenso claro entre los diferentes autores sobre los pasos a seguir a la hora de elaborar un perfil criminológico. Existen una serie de autores que han elaborado diferentes procedimientos que ellos emplean en su trabajo como perfiladores

(siendo muy personal y basados en su experiencia y su formación) (Garrido, 2000): Metodología del análisis de investigación criminal (CIA) del FBI, Metodología de la psicología investigadora (IP) de Canter, Metodología del análisis de las evidencias de comportamiento (BEA) de Turvey y una metodología integradora que recogen Jiménez y sus colaboradores en su libro *Manual práctico del perfil criminológico* (2010) (Jiménez, 2010). De todos modos, todas estas metodologías pueden agruparse en las dos formas de análisis que se emplean en el perfil criminológico: la inductiva y la deductiva. La primera se fundamenta en la psicología experimental, es decir, lo fundamental es la elaboración de hipótesis; mientras que la segunda se basa en la psiquiatría forense y la psicología clínica, esto es, el perfilador actúa como un clínico que realiza un análisis a su paciente apoyándose en su experiencia tras tantos casos analizados (Garrido, 2000), en vez de emplear las estadísticas obtenidas de investigaciones con muestras (como sería el caso de la primera). El método deductivo se basa en lo que se encuentra en la escena de un crimen determinado, en su victimología, su modus operandi, su firma y su perfil geográfico, para extraer conclusiones acerca del posible asesino. Sin embargo, la inductiva generaliza los resultados obtenidos tras el análisis de varios crímenes y sus características; aplica esos datos generales a un caso concreto (Jiménez, 2010).

De todos modos, Jiménez (material no publicado) defiende que lo ideal sería la aplicación de ambos métodos en la elaboración de un perfil en un caso determinado. No se trata de metodologías contrapuestas que no puedan ser utilizadas para favorecer la elaboración del perfil. Además, David Canter (Soria, como se citó en Salado, 2016) usa los datos del crimen (fotografías, informes de la policía, modus operandi, etc.) pero basa sus conclusiones en unos datos y modelos probados empíricamente (es decir, se podría decir que mezcla ambas metodologías).

Ante todo, el perfil criminológico debe estar basado en datos que se puedan demostrar, es decir, debe seguir el método científico para que su elaboración sea válida (Jiménez, 2010).

En adición, esta técnica que nos ocupa también puede ser empelada y es verdaderamente útil, en la vinculación de crímenes (en el análisis de vinculación). Dicho análisis consiste en determinar si dos o más asesinatos están relacionados entre sí y con un mismo autor (este aspecto es sumamente importante para poder realizar un perfil criminológico de un asesino en serie, pues es necesario que los crímenes que se están analizando sean obra de una misma persona) (Garrido, 2012). Para ello, es necesario apoyarse en las conductas

llevadas a cabo por el criminal en los diferentes asesinatos, analizando cuáles pertenecen al modus operandi y cuáles a la firma (que, como veremos, es más determinante en el análisis de vinculación que el modus operandi, por su aparente inmutabilidad); analizar también la victimología (por lo que pueda simbolizar para el asesino) y la conducta geográfica; todo ello para luego comparar los crímenes prestando atención a los puntos en los que se parecen y en los que se diferencian en esos cuatro aspectos señalados. Finalmente, se elabora un informe escrito con la conclusión a la que se ha llegado (siempre en términos de probabilidad, por ejemplo, es muy probable que ambos crímenes estén vinculados) (Jiménez 2010; Garrido, 2012).

En el caso del libro de Jo Nesbø, no se puede considerar que llevaran a cabo un análisis de vinculación, propiamente dicho. Es cierto que los investigadores atribuyeron los crímenes a una misma persona (más allá de que Barli quiso hacerlo muy evidente) basándose sobre todo en la firma (el hecho de que le cortara los dedos a sus víctimas o que dejara el diamante rojo con forma de pentagrama), pero no hicieron el análisis que se ha expuesto arriba. Simplemente relacionaron en su mente, dadas las evidencias, que se trataba del mismo asesino y, por tanto, un terrible caso de asesinatos en serie. Sin embargo, no se vincularon los crímenes porque el psicólogo o el responsable de realizar un perfil criminológico se encargara de ello empleando el proceso explicado. De este modo, se refleja que en nuestra cultura puede estar presente la idea de que, en este tipo de asesinatos, todo se deduce de esta forma tan fácil y clara.

Escena del crimen

Procedemos a ir explicando y describiendo los diferentes elementos que deben ser analizados para poder hacer un perfil criminológico. Comenzamos con la escena del crimen. Ésta constituye una de las claves para dicha técnica, pues es donde el criminal y su víctima interactúan y de donde se puede extraer más información debido al famoso principio de Locard (fundamental en la perfilación criminal): “cuando un criminal interactúa con una víctima, hay algo de él que se transfiere a ella o al resto del escenario, así como del escenario o la víctima hacia él” (Garrido y López, 2010, p. 40). Por este motivo, es donde mayor cantidad de indicios tanto físicos como psicológicos vamos a encontrar (Garrido y López, 2010).

De modo que, esta escena ha de ser analizada por los científicos forenses, con la adecuada precaución de no alterar nada, estudiando tanto los indicios físicos, como también las condiciones en las que se encontraba la escena (temperatura, iluminación, localización,

etc.) (Salado, 2016). Y el perfilador debe hacer lo mismo, no tanto de cara a un análisis químico y demás de los indicios físicos, sino más bien observando y analizando las evidencias de comportamiento que se hallen en la escena, sobre todo en relación con el modus operandi y la firma, que veremos a continuación (Garrido, 2012). Aún con eso, el perfilador también debe nutrirse de los informes policiales y forenses, así como de todas las fotografías que se tengan de la escena del crimen (ya que no siempre es posible acudir físicamente a la escena, a pesar de que sería lo ideal) (Jiménez, 2010).

Los objetivos fundamentales del análisis de la escena son, sobre todo, reconstruir los hechos allí acaecidos y poder inferir características acerca del autor de esa escena que puedan ser de utilidad para los investigadores (Jiménez, 2010).

Turvey (como se citó en Jiménez, 2010) realiza una clasificación de escenas en función del grado de interacción que se produce entre el asesino y su víctima; por tanto, tenemos la *escena primaria*, que es donde mayor contacto ha habido entre ambos, donde se llevan a cabo la mayoría de las agresiones y donde el agresor dedica más tiempo (puede coincidir o no con el lugar donde se abandona el cadáver); después está la escena secundaria, que es aquella en la que también existe interacción entre el asesino y su víctima, pero no tanta como en la primaria (un crimen puede estar compuesto de varias escenas secundarias). También está la escena de abandono del cadáver, y, finalmente, tenemos las escenas intermedias entre la primaria y la de abandono, en las que se suele transportar el cadáver desde la escena primaria hasta el lugar donde lo deja (por ejemplo, un vehículo).

En el caso de Barli, la escena primaria y la de abandono del cadáver coinciden en tres de sus cuatro asesinatos: estos tres ocurren en el mismo lugar, en el caso de Camilla Loen, es asesinada y abandonada en el cuarto de baño mientras se duchaba; Lisbeth Barli, es asesinada en su casa y “abandonada” dentro de la cama de agua que también está en su casa (podríamos considerar que se tratan del mismo lugar); y en el caso de Barbara Svendsen, la dispara en el cuarto de baño de la empresa en la que trabajaba y también deja allí su cuerpo.

Sin embargo, con su primera víctima (Marius Veland) la escena primaria sería el piso de él, pero la escena de abandono se encontraría en el desván dentro del armario ropero y de la alfombra (y el caucho) donde le ocultó.

También podríamos hablar del último de sus asesinatos como si lo considerásemos parte de su serie (pues, quiera o no quiera, sigue esa dinámica), es decir, cuando mata a la

hermana de Lisbeth después de que ésta hubiera descubierto su cadáver. En este caso, la escena de abandono y la primaria coinciden igualmente (el cuarto de baño), aunque seguramente también haya habido interacción en la habitación antes de que él la matara en el baño y allí la dejara (cabe decir que para ocultarla de Harry que justo entraba en ese momento), y, por tanto, en este caso, se trataría de una escena secundaria.

Con el análisis de la escena del crimen podemos determinar si el asesino es de la tipología organizado o bien de la de desorganizado (como ya se explicó en el apartado relativo a asesinos en serie). Por ejemplo, en una escena de un criminal organizado se aprecia control, da la impresión de que todo ha sido planeado y apenas se dejan huellas en la misma; sin embargo, cuando el asesino es desorganizado, se puede ver el desorden y el caos que imperan tanto en su mente como en las conductas que lleva a cabo. Además, es posible hallar varios indicios e incluso el arma del crimen que suele cogerla de la propia escena (el organizado se lleva una propia) (Jiménez, 2010).

La escena del crimen de Barli parece mostrarnos un criminal organizado: se hallan pocas huellas y en ella, Barli solo deja tras de sí lo que quiere dejar (el diamante rojo con forma de estrella de cinco puntas); en adición, se lleva su propia arma y denota que se trata de un crimen planeado. Ahora bien, normalmente los asesinos de esta tipología ocultan el cadáver para evitar ser descubiertos, pero en el caso de Barli (salvo en el primero de todos), éste deja los cuerpos a la vista de los policías y en una postura que haga que piensen que existe, también, una motivación sexual. Todo ello no quiere decir que no sea organizado, sino que lo tiene muy bien planificado y parte de su objetivo es que los investigadores vean el cuerpo.

Lo que hace Barli lo podríamos considerar lo que se conoce como escenas simuladas o amañadas, es decir, aquellas que el asesino altera intencionadamente para dificultar la investigación policial. Consiste en añadir indicios, falsos, por supuesto, más que quitarlos (como ocurre en los actos de precaución que veremos a continuación). Barli lo simula todo de tal manera que los investigadores piensen que se trata de un asesino en serie (aunque lo es) con una motivación y modus operandi claro (tiempo en el que actúa, con el criterio del pentagrama, con motivación sexual, etc.). Por eso Harry Hole llegó a pensar, finalmente, que todo era demasiado fácil y perfecto: el pentagrama con las cinco puntas que señalaban los lugares de los asesinatos, con el intervalo exacto de cinco días, y con un sospechoso (Sven Sivertsen) que, se podría decir, tuvo una vida dura (características todas muy asociadas a los asesinos en serie (Jiménez, 2014).

En este tipo de escenas influye mucho la manera en la que la sociedad va reflejando y comprendiendo el conocimiento que se tiene de este tipo de crímenes, en las noticias y en las obras de ficción. Esto es así porque muchas veces se puede ver que lo que exponen es demasiado fantasioso o nos habla de criminales perfectos y muy inteligentes, provocando que el criminal se confunda cuando quiere amañar una escena y simular que es un delito diferente basándose solo en esta información (Jiménez, 2010).

Finalmente, me gustaría señalar que en el análisis de la escena del crimen es necesario averiguar las posibles personas que pueden estar vinculadas a esa escena en concreto, ya sean el criminal o la víctima, como todas las que hayan podido tener acceso a la misma (lo que reduce sospechosos). Del mismo modo, es conveniente conocer las actividades que se pueden realizar en ella, pues también limita el número de personas con las que pueda estar relacionada (Jiménez, 2010).

En el caso de Barli esto no ayuda mucho a la investigación pues se trata, en su mayoría, de domicilios privados.

Modus operandi y firma

También es necesario para la elaboración del perfil analizar el *modus operandi* del asesino y su firma, que podemos inferir de lo encontrado y analizado en la escena del crimen.

El análisis de estos elementos se basa en la idea de que las conductas de una persona reflejan cómo es. En el caso de los asesinos en serie ocurre lo mismo. De su modo de actuar, de las conductas que llevan a cabo durante su crimen, deduciremos algunas características de su personalidad. Para ello, cuanto más discriminatorias sean las conductas que podamos analizar en la escena del crimen, más facilidad tendremos de conocer aspectos del criminal, y estaremos en posesión de información más fiable acerca de ese asesino en concreto (Jiménez, 2010).

Las conductas del *modus operandi* (en adelante MO) son diferentes de las que nos hablan de la firma. El MO trata de las conductas que nos hablan del cómo, cómo ha llevado a cabo el asesino su crimen; mientras que la firma trata sobre el por qué (Garrido y López, 2010). La firma cumple la función de satisfacer las necesidades psicológicas del criminal (Garrido y López, 2010), son comportamientos que no le sirven para llevar a cabo el delito, pero es algo que necesita hacer.

El MO tiene otra finalidad. Las conductas, para que las consideremos parte del modus operandi, tienen que haberse realizado para: “proteger la identidad del asesino, conseguir realizar el crimen (o su objetivo) y/o facilitar la huida” (Jiménez, 2010, p. 124). Asimismo, el MO nos puede proporcionar amplia información sobre el agresor relacionada con: un conocimiento que tenga o una profesión o habilidad determinados (por ejemplo, la manera de asesinar de Jack el destripador indicaban gran conocimiento de anatomía y medicina, por lo que se dedujo que podía ser médico (Garrido y López, 2010), una posible relación que pudiera existir entre la víctima y el asesino, o información relacionada con lo familiarizado que esté el criminal con la escena del crimen (Jiménez, 2010).

El MO también incluye la manera en que el asesino se acerca y ataca a su víctima, cómo la controla, el tipo de arma que utiliza, la forma en que llega y huye de la escena del crimen o las conductas de precaución (Garrido, 2012). Estas últimas, son acciones que lleva a cabo el criminal para confundir a los investigadores u ocultar su identidad y pueden ir, desde usar máscara o disfraces, a limpiar la sangre o las huellas, entre otras. No es lo mismo que lo que ocurre en las escenas amañadas, ya que en este caso se eliminan indicios y no se añaden otros (Jiménez, 2010). Entre otros aspectos, los actos de precaución nos hablan de la experiencia y aprendizaje que va adquiriendo el sujeto.

Barli también tiene algunas de estas conductas de precaución, pues, por ejemplo, no se encuentran apenas huellas e indicios que puedan identificarle. Además, va disfrazado como si fuera un repartidor que va en bicicleta (llevando casco y una mascarilla), lo que oculta aún más su rostro y hace que no llame tanto la atención. Asimismo, este disfraz le permite pasar desapercibido porque, entre otras cosas, hoy en día no resulta tan raro ver a repartidores en cualquier parte (en una oficina, en un domicilio...).

Es importante señalar que, como bien defiende el principio de la conducta dinámica de Turvey (Jiménez, 2010), el MO es algo que va cambiando con el tiempo, son conductas dinámicas que se modifican por el aprendizaje, ya sea porque el criminal aprende de un asesinato a otro que esto es mejor que lo haga así que de otra manera, o por lo que ve en la televisión o lee en los libros, etc. Pero también puede involucionar y hacerse peor por efecto de las drogas o de un deterioro cognitivo, haciendo más fácil reconocer la identidad del asesino (Jiménez, 2010). Por este motivo, aunque el MO pueda servir para vincular casos, es necesario que los comportamientos de ese MO sean lo suficientemente discriminatorios y repetidos en los diferentes casos, para permitir relacionarlos, pues al

ser dinámico, podemos estar ante el mismo asesino solo que éste emplea metodologías diferentes y no por eso debemos descartarlo.

Si nos ponemos a analizar el MO de Barli: planifica el crimen, selecciona víctimas desconocidas (salvo su mujer, claro, pero encubre su objetivo con los otros asesinatos que no tienen relación con él) y lleva el disfraz de ciclista y máscara, lo que provoca que sea más difícil saber quién es. Asimismo, trae consigo su propia arma (una pistola), se acerca a las víctimas, podríamos decir, de manera sorpresiva: las dispara en la cabeza y deja el cuerpo en la escena del crimen (elementos que también forman parte de su MO); y, finalmente, acude a la escena del crimen en bicicleta.

Con respecto a la firma, como ya se ha comentado, son conductas que no sirven ni para ocultar la identidad, ni para huir ni para llevar a cabo el delito; pero aun así, son conductas que el asesino necesita hacer porque expresan y satisfacen una necesidad (como pueden ser las ya expuestas en el apartado de los asesinos en serie: venganza-justificación, control y poder o sentirse vivos). Son como “rituales” que debe hacer para que el asesinato cumpla la función por la que lo lleva a cabo. Por este motivo, la firma suele ser más estática, pues la necesidad de base que intenta satisfacer no cambia, y, por eso, es un aspecto importante a tener en cuenta a la hora de vincular asesinatos (Jiménez, 2010; Garrido, 2012).

Los comportamientos de la firma pueden ir desde el tipo de víctima concreto que selecciona, la violencia que ejerce contra ella (el exceso de esta nos puede hablar de una necesidad de venganza, por ejemplo), las heridas que le provoca o las mutilaciones (pudiéndonos hablar de un sádico por ejemplo, dada la cantidad de heridas no mortales que presente el cuerpo) o la localización de las mismas (si es en zonas erógenas nos habla de una motivación sexual también), etc. (Garrido, 2012; Jiménez, 2010)

Para poder reconocer que determinada acción es de la firma podemos fijarnos en que normalmente son conductas que suponen un tiempo extra en la escena del crimen (que, aunque aumenta el peligro de que le capturen, es algo que necesita hacer), no las requiere para poder llevar a cabo el asesinato (si así fuera pertenecerían al MO), expresan una necesidad, o bien una emoción o una fantasía, y suponen mandar un mensaje a la víctima o a otra persona (por ejemplo, a los policías que encuentren el cadáver) (Jiménez, 2010).

Barli tiene muchas conductas que componen la firma, y a veces demasiado evidentes y perfectas. Por ejemplo, coloca el cuerpo de tal manera que simule una motivación sexual

(quiere mandar ese mensaje a los investigadores), sigue el dibujo de un pentagrama (la estrella del diablo concreta y específicamente) para matar a sus víctimas; además, tiene el intervalo de cinco días entre un asesinato y otro y siempre los crímenes son cometidos en un quinto piso. Esto último, unido al pentagrama, hacía pensar que los asesinatos tuvieran una motivación satánica, como si estuvieran relacionados con la religión o con una obsesión o idea delirante que tuviera el asesino con respecto a ese tema (todo para despistar, claro). Además, en todas las escenas del crimen deja un diamante rojo con la forma de esa estrella de cinco puntas. Por otro lado, hay dos elementos también muy importantes que nos hablan de su firma: cortar los dedos a sus víctimas de la mano izquierda de todas ellas y hacerlo en orden, comenzando por el pulgar (aunque sea el último dedo en ser descubierto), luego el dedo índice, después el corazón y al final el anular (dando a entender que son cinco asesinatos y que falta uno). No son comportamientos que necesite hacer para matar a sus víctimas; de hecho, el modo de matarlas es muy impersonal, como ya se ha dicho, y simplemente intenta enviar el mensaje de que son cinco asesinatos y que van en orden. Asimismo, indica dónde y cuándo va a ser el siguiente (por ejemplo, como él quería que capturaran a Sven “con las manos en la masa”, las pistas apuntaban a que el siguiente crimen iba a ser en la casa de la madre de éste). Todos ellos son comportamientos que le llevan un tiempo extra tanto en el momento del acto de asesinar, como cuando planea los crímenes, pues tiene que molestarse en cortarles los dedos, en dibujar la estrella, en comprar de contrabando esos diamantes tan difíciles de encontrar (de nuevo para culpar a Sven pues es quien los vendía), etc.

Finalmente, es importante hacer alusión a la distinción entre una violencia más instrumental que utilice el asesino al cometer el delito, de una más expresiva. La primera sería la necesaria para realizar el delito, la justa y necesaria; sin embargo, la segunda es excesiva, o no la necesita para el crimen, pero sí para él mismo, expresa algo con ella (Garrido, 2000) (por ejemplo, cuando en las noticias vemos que alguien ha asestado 20 puñaladas a otra persona, nos habla de esa necesidad de desahogar su agresividad, ya que seguramente a la segunda puñalada la víctima ya estaba muerta, el objetivo ya se había conseguido). Por esta razón quizás podríamos asociar la violencia instrumental con el MO y la expresiva más con la firma (Jiménez, material no publicado).

Victimología

La víctima también es importante en el perfil criminológico, pues se trata de una escena más del crimen. Siguiendo el ya conocido principio de Locard, la víctima tiene elementos del criminal que se han transferido a ella, y viceversa. Además, nos hablará de cómo el asesino es en sus relaciones interpersonales, por la teoría de la consistencia interpersonal que defiende Canter (Jiménez, 2010). Si la víctima está viva, también será una muy importante fuente de información.

Como explica Jiménez en su libro *Manual práctico del perfil criminológico* (2010), para el análisis victimológico se estudian tres elementos fundamentalmente: “riesgo y exposición de la víctima, criterios de selección y reconstrucción de las últimas 24 horas” (p.205).

En relación con el riesgo y exposición de la víctima, se realiza un análisis del estilo de vida que llevaba la misma que pudiera provocar que se convirtiera en una potencial víctima. Para ello, se estudian aspectos de la persona como: las características físicas, las psicológicas (algún trastorno de personalidad o patología que puedan exponerla) y las familiares; también se investiga su historia de vida (para saber cómo ha sido su infancia, la relación con su familia, etc.), su entorno (porque viva en un barrio peligroso, por ejemplo) su red social (donde se empieza siempre a buscar a posibles sospechosos), sus características personales y sus actividades rutinarias y aficiones (Jiménez, 2010). El estudio del estilo de vida de la víctima es muy importante ya que se basa en la teoría de las actividades rutinarias desarrollada por Cohen y Felson en 1979 (Jiménez,2010), que defiende que las personas nos movemos siempre por las mismas zonas siguiendo una rutina y que son pocas las conductas que hacemos fuera de ella. Solemos ir por los mismos sitios y hacemos las mismas cosas casi todos los días. Con los criminales ocurre lo mismo, se mueven por los lugares por donde llevan a cabo su rutina y es igual cuando cometen un asesinato. Por ello, la víctima y el agresor han tenido que coincidir en algún punto de sus actividades rutinarias, y por eso, es muy importante conocer el estilo de vida y la vida diaria de la víctima para determinar en qué momento y lugar se han podido encontrar, limitando así el número de sospechosos.

Tras este análisis se establece el nivel de riesgo de una víctima (alto, medio o bajo riesgo) lo que nos indica qué tipo de víctima ha escogido el asesino. Por ejemplo, si ha sido una de alto riesgo, le facilita el crimen, ya que estas personas están habitualmente expuestas y no requiere que el criminal haga esfuerzos o se arriesgue mucho para acercarse a ella y

obtener lo que quiere (como puede ser violar y matar a una prostituta, pues resulta más fácil que hacerle lo mismo a una chica que va por una calle transitada a plena luz del día). O sí, por el contrario, su necesidad apremia, el agresor se arriesga bastante si selecciona específicamente a una determinada víctima que sea de bajo riesgo y sea más difícil que esté expuesta (Jiménez, 2010).

Barli no parece regirse por ninguno de estos criterios, pues escoge las víctimas al azar (salvo a su mujer y al amante de ésta) o, más bien, por lo que determina el pentagrama; por tanto, podríamos decir que se arriesga ya que, en principio, no parecen víctimas de alto riesgo: o están en su casa o están en una oficina, en pleno horario laboral. No obstante, cabe decir, que, quizás, estas víctimas han podido convertirse en víctimas de alto riesgo de forma temporal por estar en el lugar y en el momento equivocados (en el lugar que Barli había determinado), lo que se denominar nivel de riesgo estado (Jiménez, 2010).

A continuación, se lleva a cabo la reconstrucción de las últimas 24 horas de la víctima, esto es, para averiguar en qué momento del día antes de su muerte el asesino y ella pudieron coincidir (aunque si es necesario se amplía el rango y se investiga si recibió amenazas recientemente, por ejemplo). Obviamente, cuánta más relación exista entre víctima y asesino, más espacios y tiempos compartirán (Como Barli y Lisbeth) (Jiménez, 2010). Para ello se averiguan: los lugares visitados, el horario de la víctima, las interacciones que tuvo con otras personas, las actividades que realizó, su estado emocional, así como el físico y el psicológico, y, finalmente, los viajes realizados y los medios de transporte que utilizó para los mismos (Jiménez, 2010). Algo por el estilo podemos decir que se hace en el caso de Barli. Quizás no analizan las últimas 24 horas de las víctimas, pero sí el momento más próximo al asesinato y su vida en general (parejas, a qué se dedicaba, si tenía problemas, etc.).

Para terminar, se estudia la selección de la víctima que ha podido hacer el criminal. Turvey (como se citó en Jiménez, 2010) hace referencia a 6 factores que influyen en dicha selección:

“Posibilidad (en alusión a la accesibilidad de la víctima), localización (en lo que se refiere al lugar en el que se encuentra a la víctima), la vulnerabilidad (el asesino percibe la posibilidad de atacar a la víctima sin que él pueda sufrir daños), relaciones (la víctima es elegida por la relación que tiene con el criminal), el simbolismo (la víctima la

selecciona porque tiene un significado para él) y la fantasía (es elegida porque puede satisfacer una particular fantasía del asesino)” (Jiménez, 2010, p.211).

El criterio de selección que tenga el criminal puede facilitar o dificultar la investigación, pues si, por ejemplo, siempre escoge a sus víctimas por el criterio de oportunidad, va a ser más difícil relacionarlo con un tipo de víctima concreta que hace determinadas cosas o que va por determinados sitios o que tiene unas características concretas (como podría ir infiriéndose de los otros criterios). Aunque autores como Jiménez (2010) defienden que los asesinos en serie suelen tener una víctima “ideal”. De nuevo, no podemos decir que nada de esto se ajuste al caso de Barli, porque todo es demasiado al azar (por lo menos en lo que respecta a las víctimas que encubren sus verdaderos objetivos). Aunque, tal vez se pueda decir que el criterio de selección que emplea sea el de “localización”, pues sus víctimas han sido escogidas por el lugar geográfico de Oslo donde han caído las cinco esquinas del pentagrama.

Perfil geográfico

Finalmente, otro de los elementos importantes a la hora de elaborar el perfil criminológico de un asesino en serie es el perfil geográfico que, además, es considerada una técnica completamente independiente por toda la metodología y técnicas que acarrea y que la respaldan. Por sí sola, puede ayudar a reducir la zona geográfica en la que debe ser buscado un sospechoso; no obstante, dentro de la técnica del perfil criminológico, el perfil geográfico es complementario al análisis del resto de elementos expuestos anteriormente (Jiménez, 2010).

Para poder elaborar este tipo de perfil es necesario que los crímenes hayan sido vinculados a un mismo asesino y que se tengan al menos cinco localizaciones (Jiménez, 2010). Es importante, por tanto, señalar en este punto que, en el libro de Jo Nesbø, no existían cinco asesinatos, sino al principio solo tres (y uno sin cuerpo, el de Lisbeth) y luego cuatro, cuando descubren el verdadero primer asesinato (Marius Veland); por lo que no podría hacerse el perfil geográfico. Sin embargo, dada la naturaleza del símbolo que determinaba el lugar de los asesinatos, resultaba más fácil establecer dicho perfil (se explicará más abajo cómo puede ser asemejado a una de las técnicas que se utilizan para la elaboración del mismo en la vida real).

En esta metodología se parte de la premisa fundamental de que ni el tiempo ni el contexto en el que se desarrolla el asesinato son aleatorios, sino que son escogidos por el criminal

porque facilitan la comisión de su crimen (Jiménez, 2010). Pero, además, la zona geográfica influye en el asesino, no es un mero elemento pasivo; el asesino debe comportarse de determinada manera debido a la zona en la que se encuentra o debe desplazarse a ella para encontrar a su víctima propicia, por ejemplo (Jiménez, 2010).

Asimismo, el perfil geográfico se basa en la teoría de las actividades rutinarias de Cohen y Felson que defiende, como se ha explicado más arriba, que el delincuente suele llevar a cabo su delito en zonas que acostumbra a frecuentar, es decir, zonas por las que pasa diariamente y que forman parte de su rutina (Jiménez, 2010). Este hecho se debe sobre todo a que las personas somos animales de costumbres y no nos gusta la incertidumbre, por lo que escogemos los lugares que mejor conocemos para desenvolvernos mejor y sin ningún percance. Y los asesinos en serie no son diferentes. Ellos escogen la zona que mejor controlan, que conocen y que entra dentro de su rutina, para así manejar la situación como ellos quieren (Jiménez, 2010). Aunque, cabe decir, que esto no siempre es posible, pues, como ya se ha mencionado, a veces es necesario que se desplacen a un lugar concreto a fin de encontrar a la víctima que quieren. Aun así, el asesino no se va a desplazar muy lejos de su zona habitual. De hecho, autores como Baldwin, Capone, Nichols y LeBeau (como se citó en Jiménez, 2010) confirman, a través de sus estudios, que la mayoría de los criminales se desplazan, de media, 2 kilómetros.

Podemos comprobar que Barli es el tipo de criminal que tiene que desplazarse a unos lugares concretos, dado que es allí donde se encuentran las víctimas que ha escogido el azar (o el pentagrama). Sin embargo, como se puede apreciar en el mapa que facilita Jo Nesbø en el libro, no se aleja del centro de Oslo.

Otro aspecto importante que también señala la teoría de las actividades rutinarias, es que, en base a todo lo anterior, el criminal y la víctima han tenido que encontrarse en algún punto de las rutinas de ambos; por lo tanto, resulta muy relevante conocer el perfil geográfico del criminal, así como los lugares por donde pasó la víctima, ya que permite saber en qué zona pudieron encontrarse, siendo entonces posible limitar el número de sospechosos en cuanto a las personas que pasan por ese determinado lugar (Jiménez, 2010; Garrido, 2012)). Podemos observar que esto no es del todo aplicable al caso de Barli, ya que los lugares a los que iba a matar no entraban dentro de su rutina y en ningún momento se pudo encontrar con las víctimas en el sentido en el que lo plantea la teoría. Esto es así porque es completamente el azar, como ya se ha señalado en varias ocasiones,

el que determina que mate a una de las víctimas en su casa y a otra en el baño de las oficinas donde trabajaba, por poner un ejemplo.

Por otro lado, otra de las teorías importantes en las que se basa el perfil geográfico, es la teoría del círculo de Canter y Larkin (como se citó en Jiménez, 2010), muy validada por numerosos estudios. En base a la teoría anterior y a que las personas en general, y con ello también los asesinos en serie, nos movemos con la ley de coste-beneficio (es decir, mayor beneficio al menor coste posible (Jiménez, 2010), estos autores determinan que los criminales parten de una “base de operaciones” o “punto de anclaje” (esto último es una aportación de Kim Rosso (Jiménez, 2010)) para cometer sus crímenes, es decir, un lugar del que salen para llevar a cabo sus delitos pero al que luego vuelven pues es un sitio donde se sienten seguro y que controlan, es el punto de referencia de los asesinos (suele ser el domicilio, como en el caso de Barli, pero puede variar en algunos criminales y ser su lugar de trabajo u otro domicilio con el que se sienta más familiarizado y a gusto). Ahora bien, tampoco cometen los asesinatos muy cerca de su base de operaciones, para no correr el riesgo de ser descubiertos por las personas que suelen verles por esa zona, sino que dejan un espacio entre su punto de anclaje y el lugar donde actúan que se conoce como “zona de seguridad” (Garrido, 2012).

Canter establecía, por tanto, que, dibujando un círculo cuyo diámetro fuera la distancia entre los lugares de los crímenes más distanciados, se podía determinar el lugar más probable donde se encontraría el punto de anclaje del criminal, esto es, por el centro de ese círculo dibujado (Garrido, 2012). Lo que, de nuevo, limita el número de sospechosos, limita las zonas donde se debe patrullar y favorece la búsqueda del culpable, pues existe una probabilidad muy alta de conocer su domicilio. (Jiménez, 2010). Es importante señalar que Canter estableció una tipología de criminales en base a esto, siendo los “merodeadores” los que tienen este tipo de comportamientos (tienen su base de operaciones y salen a cazar dentro de la zona que conocen y en la que se sienten a gusto) y los “viajeros” que no actuarían dentro de ese círculo, sino que viajarían a otros lugares para cometer sus crímenes (Garrido, 2012). Barli sería un merodeador, pues actúa dentro del centro de Oslo, que es donde vive.

En el libro de *La estrella del diablo*, sí que podemos dilucidar que se ha realizado, aunque de una manera muy burda, la hipótesis del círculo. Esto es así porque Harry Hole dibuja el pentagrama (es cierto que no es un círculo) en el mapa de Oslo uniendo los lugares en los que se habían cometido los asesinatos y conformando así las puntas del símbolo,

determinando, de este modo, el centro del mismo (más o menos) en la casa de Barli (ubicada en el centro de la ciudad de Oslo). Y es que Barli había trazado ese pentagrama primero uniendo su casa con la casa de la madre de Sven y, a partir de ahí, esbozando el resto del símbolo con los ángulos perfectos para que resultara el pentagrama y las puntas le indicaran las zonas en las que tenían que tener lugar los asesinatos.

En conclusión, es igual de importante para elaborar un perfil criminológico el lugar geográfico en el que ocurren los hechos, como el resto de elementos que se han ido analizando hasta ahora.

CONCLUSIÓN

Con todo lo expuesto en el trabajo, se puede concluir que las obras de ficción, como la de “La estrella del diablo” de Jo Nesbø, se acercan más o menos a la realidad de los asesinos en serie. Muestran al lector o espectador características de los mismos, como puede ser su MO, su firma o su comportamiento geográfico, y se ajustan bastante bien a lo que ocurre en la realidad. Además, reflejan de forma adecuada el miedo que generan a nivel social porque se trata de un criminal que ataca a víctimas desconocidas (lo que significa que cualquiera de los que pasen a su lado pueden ser su siguiente presa), y que, hasta que no averiguas el patrón que sigue (que no siempre lo hay), no sabes cuál va a ser su siguiente movimiento. Igualmente, otro aspecto importante y real que nos enseñan, es que un asesino en serie puede ser una persona normal y perfectamente integrada en la sociedad de la que nadie tendría sospechas.

Sin embargo, hay otros elementos que no encajan del todo. Por ejemplo, en el caso de Willy Barli, se nos ofrece una imagen de asesino en serie que es muy inteligente y que desafía a la policía como auténtico y perfecto contrincante difícil de atrapar; pero la realidad nos revela, y así se ha visto reflejado en el presente trabajo, que esto no ocurre así. Como demuestran Garrido y López (2010) tras el análisis de los asesinos en serie más importantes de España, la mayoría de ellos son más bien torpes ya que, en ocasiones, ellos mismos se entregan a la policía (por su necesidad de reconocimiento) o cometen errores en sus crímenes; incluso otros estudios demuestran que la mayoría no terminan el instituto (Godwin y Rosen, como se citó en Salado, 2016).

Asimismo, habitualmente, en las películas y en los libros, rápidamente podemos averiguar que se trata de un asesino en serie el que trae dolor de cabeza a nuestros protagonistas; y si no, no tardan en darse cuenta de ello. Es cierto que en una película o en una novela el

“tiempo del que se dispone” es breve, hay que captar al lector o espectador y no se puede hacer una película con días de metraje; por ello, es posible que todo sea más rápido (y aún más en el caso de las series), pero esto hace que las personas tiendan a pensar que las investigaciones de los asesinatos en serie van más bien aceleradas o no son tan complicadas como son en la realidad. Y eso no es así, ya que primero se requiere que se vinculen los casos, partiendo de que se tengan los datos suficientes para poder hacerlo, para luego pasar a la coordinación entre los diferentes cuerpos que han estado investigando los casos por separado; por otro lado, también exige una importante organización para manejar y buscar la información necesaria para continuar con la investigación, etc. (Jiménez, material no publicado)

Del mismo modo, otro aspecto que podemos encontrar en las obras de ficción sobre asesinos en serie, y en concreta en esta que nos ocupa, es que, y por razones dramáticas, se muestran unas firmas muy obvias cuando no suelen ser así de evidentes (por ejemplo, también puede ser parte de la firma el hecho de que tarde mucho más tiempo del necesario para matar a su víctima y esto no es un aspecto que se vea tan fácilmente) (Garrido, 2012). En el caso de Barli todo es muy perfecto, sigue un patrón guiado por el número cinco que es igual en todos los asesinatos que comete y a penas cambia su MO. Esto ya hemos visto que no suele ser lo habitual, pues el *modus operandi* puede tanto evolucionar como involucionar (Jiménez, 2010). Sí es cierto que la firma suele ser más estable y eso sí hemos podido observar que también ocurre en el caso de Barli. Aun así, no todos los asesinos en serie tienen una firma tan clara, o no todos han podido dejar su mensaje en la escena del crimen porque no han tenido tiempo o porque es algo que escapa a la vista del perfilador; y no solo eso, sino que, además, una misma motivación psicológica podía ser satisfecha desde diferentes comportamientos (Jiménez, 2010; Jiménez, material no publicado). Por tanto, en las obras de ficción, por las razones dramáticas y prácticas que ya se han señalado, esto no se ve reflejado y todo es más perfecto y cuadrulado.

De todos modos, es importante mencionar que las historias de crímenes mejoran pues, gracias a que hoy en día la información está más a nuestro alcance, todo lo que se conoce sobre los asesinos en serie puede ser investigado con mayor facilidad por los autores de novelas y por los directores de cine, haciendo que cada vez se ajusten más sus historias a lo que ocurre en la realidad. Por ejemplo, en novelas como *El dragón rojo* de Tomas Harris escrita en 1981, el asesino presenta un MO que no es tan fácil de descifrar (Filmaffinity España, 2002-2019).

El libro de *La estrella del diablo* de Jo Nesbø, no tiene por qué ser una excepción a esta evolución, pues, como se ha ido viendo a lo largo del análisis realizado, su conocimiento sobre los asesinos en serie y nociones como el MO o la firma pueden verse perfectamente reflejadas. Lo que ocurre, es que su trama es especial (y genialmente enrevesada) al consistir en un hombre que finge cometer asesinatos en serie (por lo que crea un personaje de asesino en serie perfecto) para encubrir su verdadera intención, y, por tanto, no permite ver esta evolución de forma tan clara.

Para terminar, resulta relevante reflexionar sobre un posible significado que pueden tener este tipo de obras de ficción a nivel cultural. Esto es, a lo largo de toda la historia de la humanidad, los demonios y los monstruos que se han ido representando en ellas, han sido, realmente, un reflejo de los miedos existentes en las sociedades del momento. Pero, además, han permitido que podamos combatir esos miedos al atraparlos y castigarlos por el mal que han cometido (descubrir al asesino, capturarlo y encerrarle en la cárcel). E incluso, a través de ellas, se nos reitera lo que está bien y lo que está mal, lo normal y lo anormal, etc. (Cappello, 2011). Hoy en día esos monstruos se están personificando en asesinos en serie, que, según Cappello (2011) reflejan los rasgos y los temores de nuestra sociedad de hoy en día: supuestamente racional y científica y con los recursos necesarios para dar respuesta y controlarlo todo. Por tanto, es bastante interesante la relación que existe entre lo que ocurre en la realidad y lo que se nos presenta en los libros y en las películas, la conexión entre el crimen y la cultura.

Por todo lo expuesto y por tratarse de un fenómeno que genera morbosidad y al mismo tiempo incomprensión, pero del que nos sentimos claramente diferenciados y alejados en este tipo de obras de ficción, preservando nuestra imagen de seres morales, es, entre otros motivos (como el simple hecho de querer disfrutar leyendo buena literatura), lo que nos puede llevar a leer este tipo de novelas.

REFERENCIAS

- Cappello, G. (2011). El héroe como demonio. A propósito de los asesinos en serie de la ficción televisiva. *La Mirada de Telemo*, (6), 1-8
- Douglas, J. E., Ressler, R. K., Burgess, A. W., & Hartman, C. R. (1986). Criminal profiling from crime scene analysis. *Behavioral Sciences & the Law*, 4(4), 401-421.

Filmaffinity España (2002-2019). El dragón rojo. España: filmaffinity España.
Recuperado de <https://www.filmaffinity.com/es/film728672.html>

García-Pablos, D.M.A. (1988). *Manual de Criminología: introducción y teorías de la criminalidad*. Madrid, España, Espasa-Calpe.

Garrido, G. V. (2000) El perfil psicológico aplicado a la captura de asesinos en serie. *Anuario de Psicología Jurídica*, (2000), 25-47

Garrido, V., & López, P. (2006). *El rastro del asesino. El perfil psicológico de los criminales en la investigación policial*, Barcelona, España: Ariel.

Garrido, G. V. (2012). *Perfiles criminales. Un recorrido por el lado oscuro del ser humano*. Recuperado de <http://www.pensamientopenal.com.ar/system/files/2016/08/miscelaneas43913.pdf>

Jiménez, J. (2010). Manual práctico del perfil criminológico. *Valladolid: Lex Nova*.

Jiménez, J. (2014). Asesinos en serie: definición, tipologías y estudios sobre esta temática. *Gaceta Internacional de Ciencias forenses*, (10), 4-12.

Jiménez, J. (2018). Asignatura: Perfiles criminales. Material no publicado

Nesbø, J, (2003), *La estrella del diablo*, Barcelona, España: Penguin Random House Grupo Editorial.

Paulson, R. (2018). Serial killers by country. EE. UU.: Serial killers info. Recuperado de <https://serialkillersinfo.com/serial-killers-by-country/>

Penguin Random House (1995-2019). Character profile. England: jonesbo.com.
Recuperado de <https://jonesbo.com/harry-hole/character-profile/>

Romi, J. C. (2011) Algunas reflexiones criminológicas y psicopatológicas sobre los crímenes seriales. *VerteX Revista Argentina de Psiquiatría*, 22 (97), 175-187.

Salado, P. (2016). Asesinos seriales: etiología de sus crímenes y perfilación (tesis de pregrado). Universidad del País Vasco, España.